

La sonrisa del Genio

En la tribulación de este día, cuando el nombre insigne de Menéndez y Pelayo, consagrado con los ritos de la inmortalidad resuena por el mundo entero en clamores de asombro, de tristeza y de gloria, un sagrado respeto me invade y una doble amargura me detiene con la pluma en la mano, mientras llora y reza mi corazón.

Dudo yo si sería en este trance exceso de mis timideces ó prudencia de mis humildades la quietud de esta pluma de mujer, endeble y timorata, pluma que tiembla absorta ante la catástrofe intelectual que la muerte del maestro significa. Y en esta duda, impulsos de mi alma de montañesa, se:

timientos cordiales y devotos de gratitud y cariño á la familia del sabio inmenso, trazan estos renglones en que la artista queda, con prudente humildad, fuera del torneo que los profesionales de la literatura celebran en memoria de quien merece todas las admiraciones, todas las pleitesías de la inteligencia, del arte y de la civilización.

Muda ante la magnitud de ese maravilloso espíritu, á cuya potencialidad sin orillas ni siquiera he podido asomarme, llevo la reverencia del mío á condolerse por la pérdida del hombre bueno, del cristiano ejemplar, del montañés enamorado de su país con todo el ímpetu de aquel gigante corazón de poeta.

Lo mismo que cuando la muerte nos arrebatara del propio hogar un ser ama-

do, dejando en el surco de nuestras lágrimas honda estela de recuerdos penosos, de silenciosas voces lamentables y tiernas, así yo considero duelo íntimo y familiar éste que, desde mi noble tierra de Cantabria, trasciende al mundo como una formidable desventura de la patria española. Y es la mujer, la santanderina, la honrada muchas veces por la hospitalidad generosa de este ilustre hogar enlutado, quien se atreve á sumar su nombre en el público homenaje que España tributa al más preclaro de sus hijos.

No el orgullo de la raza, ni la suerte del personaje, ni el resplandor excelso de la gloria, me emocionan en este instante como el recuerdo "humano" del maestro. Aquella sonrisa suya tan afable, pronta siempre á remediar las distracciones del sabio, prestábale un reflejo de indulgencia y mansedumbre que era como el aroma de su alma singular; luz de las gracias sobrenaturales que Dios le concediera: tal expresión, benigna y suave, casi infantil, á flor de las barbas encanecidas prematuramente, pasará á la posteridad en mármoles y bronces, para dar cuenta de la dulzura y sencillez que adornaron á este hombre portentoso...

Fecha solemne y triste, que los siglos no suelen repetir, ésta en que se ha borrado del semblante mortal la sonrisa de un genio que dió luces y horizontes á toda una raza y á toda una época.

Al caer blandamente desde la cumbre de la vida en la hermosa tierra que tanto amó, deja el artífice admirable de la palabra y del pensamiento un temblor doloroso en las almas que descubrieron la bondad del sabio y el signo de su estirpe milagrosa, no en libros ni en lecciones, sino en aquella cándida sonrisa suya, como de niño, como de ángel, como de santo y elegido.

Cuando la derramó por vez postrera sobre la Montaña, en despedida fervorosa, ungió el maestro de sagraia ternura, de amores y dolores inefables, el mar y la costa, el campo y el cielo, la ciudad amiga y el perfumado jardín de la casa solariega: así añoro á Cantabria, madre de artistas eminentes, toda envuelta en la última sonrisa de su hijo más glorioso; y este luminar divino y triste como un ocaso espléndido, ha henchido mi corazón de lágrimas y oraciones...

CONCHA ESPINA DE SERNA.

Madrid, 20 de mayo de 1912.